

Extravagante, reportero de guerra, estadista, provocador, pintor aficionado, militar de oficio, incansable lector, escritor prolífico y brillante parlamentario... ¿De quién hablamos? Naturalmente de Winston Churchill, el personaje europeo del siglo XX sobre el que han escrito más volúmenes después de Adolf Hitler.

¿Tiene sentido un nuevo libro sobre Churchill cuando se cumple medio siglo de su muerte y cuando ha pasado ya al panteón de los hombres ilustres de todos los tiempos? El alcalde de Londres, Boris Johnson, que inició su carrera en el periodismo, acaba de publicar un libro en el que intenta responder al desafío de por qué debemos seguir admirando al ex primer ministro británico y por qué no debemos olvidar su legado.

Churchill es para la juventud británica una estatua frente al Parlamento. Para esa generación de británicos que ignora el pasado, Johnson ha escrito más de 400 páginas en las que plantea un dilema apasionante: ¿puede un solo hombre cambiar el curso de la historia? La respuesta es sí, Churchill lo consiguió y, de haber perdido la vida en sus muchas aventuras militares antes de 1939, la II Guerra Mundial habría tenido un diferente desenlace.

Por eso, Johnson, que trabajó en *The Times* y *The Daily Telegraph*, titula su libro *El factor Churchill* (Alianza Editorial). La tesis que sostiene es que fue su inmensa voluntad la que doblegó en la primavera de 1940 a la cúpula del Partido Conservador y a una amplia mayoría de la sociedad británica que eran partidarias de un pacto suicida con un Hitler que parecía invencible.

Tras sustituir como jefe del Gobierno a Neville Chamberlain, un hombre alto y elegante que había defendido la política de apaciguamiento con los nazis, Churchill convenció a su Gobierno en la crucial reunión del 28 de mayo de 1940 en Westminster de que un armisticio con los alemanes despojaría a Gran Bretaña de todo su imperio y convertiría a la nación en un títere del nacionalsocialismo.

Ese fue el momento del «sangre, sudor, esfuerzo y lágrimas» que hizo llorar a decenas de parlamentarios que le abrazaban al final de la sesión y le vitoreaban como líder indiscutible que podía llevar a su país a la vic-

toria. Churchill se atrevió a decir en voz alta lo que muchos pensaban en voz baja y apeló a los sentimientos patrióticos de toda la nación. Ése fue el momento culminante de su carrera y por el que merece ser recordado. Él solo fue capaz de cambiar el rumbo de la historia. Pero Churchill fue también un hombre poliédrico, contradictorio y huraño a la vez que agradable, carismático y seductor. Esos rasgos reaparecen a lo largo de su vida tanto en privado como en público.

Según sostiene Johnson, la existencia de Churchill estuvo marcada por la influencia de su padre, que le consideraba un fracasado. Randolph, su progenitor, fue alumno destacado de Oxford, miembro de la aristocracia británica y brillante orador que llegó a ser uno de los puntales de Stanley Baldwin, que le nombró ministro de Hacienda.

Randolph Churchill murió prematuramente y no pudo ver hasta dónde fue capaz de llegar su hijo. Ello fue una herida incurable para el joven Winston, que, ya sexagenario, soñó un día que se le aparecía su pa-

de la velocidad y adicto al riesgo, de suerte que estuvo a punto de perecer en un accidente de aviación cuando era joven.

La carrera de Churchill se forjó en el Ejército donde demostró un valor extraordinario. Luchó en la India, en Sudán, en la guerra de los *boers*, donde fue hecho prisionero, y también se alistó como observador en el Ejército español durante la guerra de Cuba. Desde un ataque de caballería suicida a su conducta heroica al mando de un pelotón de infantería acorralado por fuerzas muy superiores, acreditó un coraje temerario y fue distinguido con la Cruz de la Victoria.

Churchill se creía favorecido por la diosa Fortuna, pero ello también le empujó a cometer grandes errores como su participación en el desastre de Gallipoli o la fallida invasión de Noruega, que le ocasionaron un grave daño a su reputación. Sufrió diversos reveses electorales y abandonó el Partido Conservador para militar en las filas liberales durante dos décadas. Fue un gran

no la adhesión inquebrantable de todos sus colaboradores que valoraban su inteligencia y su liderazgo. Nunca dejó tirado a nadie de los que le sirvieron, ya que era un hombre de una lealtad indestructible.

Hay cientos de anécdotas sobre sus mordaces salidas de tono. Unas son falsas y otras verdaderas. Johnson da como buena aquella ocasión en la que Churchill estaba visible-

mente bebido y una señora le reprochó con acritud su afición al alcohol, a lo que él respondió: «Yo mañana estaré sobrio, pero usted seguirá siendo lo mismo de fea».

El dirigente británico podía ser malévolo para demostrar su ingenio, pero nunca se ensañaba con sus adversarios e incluso les ayudaba en secreto. Por ejemplo, siempre defendió a Lord Halifax, su ministro de

Exteriores y luego embajador en Londres, con quien tuvo diferencias respecto a Hitler.

Una faceta desconocida que revela Johnson es la afición al desarrollo de nuevas armas que tenía Churchill, que fue el padre de los tanques. A él se le ocurrió la idea de una plataforma rodante con un cañón que pudiera salvar las trincheras del enemigo. Gracias a su tenacidad, el Gobierno británico financió el desarrollo con una cuantiosa subvención.

En el plano familiar, Churchill, que era aficionado a los sombreros y a vestir de forma excéntrica, siempre fue fiel a su esposa Clementine, con la que tuvo cinco hijos, que ejerció una gran influencia sobre su carácter. No dudó en enviarle una dura nota de reproche cuando era primer ministro por tratar con altivez a sus colaboradores. El jefe del Gabinete de guerra pidió perdón humildemente a su esposa y prometió enmendarse. Era un hombre que sabía escuchar y rectificar cuando había cometido un error. Y prefería rodearse de colaboradores que le llevaban la contraria como el general Ismay, que atemperó algunas de sus impulsivas decisiones.

No es posible agotar las muchas facetas de Churchill en una biografía, pero Johnson traza un completo perfil humano y político de este personaje, al que en buena medida el azar le llevó a dirigir el esfuerzo de guerra contra Alemania. Nuestro mundo es mucho mejor gracias a este compulsivo fumador y bebedor que mantuvo siempre su fe en los principios.

### «EL JOVEN WINSTON CHURCHILL SE FORJÓ EN EL EJÉRCITO DONDE DEMOSTRÓ UN EXTRAORDINARIO VALOR»

### «SIEMPRE FUE FIEL A SU ESPOSA CLEMENTINE, QUE EJERCIÓ UNA GRAN INFLUENCIA SOBRE SU CARÁCTER»



dre en su estudio y él le contaba cómo había conducido a Gran Bretaña a una victoria sobre los nazis.

Churchill tenía un sentido del deber espartano, pero disfrutaba del *champagne*, los puros y la buena mesa. Es conocido que era amante

triunfador que sufrió humillantes derrotas de las que siempre se recuperó porque tenía una férrea voluntad y un gran concepto de sí mismo.

El paso del tiempo ha agrandado la figura del político más tierno y más grujón del siglo XX, que se ga-

#### MISIÓN CUMPLIDA

Winston y Clementine, en un momento de intimidad con cinco de sus nietos en su finca de Chartwell, centro de reunión familiar y lugar de retiro espiritual.